

Habitado

Monólogo para lenguaje de señas.

Escrito por Domingo Palma

PERSONAJE

Raúl: un esquizofrénico sordo y sin hogar quien habla en lenguaje de señas.

ESCENARIO

Larga calle que comienza en un callejón y termina en un refugio para personas sin hogar.

ESCENA ÚNICA

RAÚL: La primera vez que vi un cadáver, fue el tuyo. Yo te vi salir de tu propio cuerpo quitándotelo como un vestido. Te vi tirarlo sobre el sofá para que una mucama viniera a recogerlo. El vacío de tu alma era un abismo de vértigo. Acercarse a tu cuerpo desocupado era absorbente: el beso celoso de un amante que se sabe traicionado. Me llenó de euforia ver tu cuerpo convertirse en una cosa. Como cuando se cae un árbol. O una camisa resbala de su gancho. O una llanta pierde su aliento. Si hubiera sido yo quien deja mi cuerpo tirado por ahí, me hubieras hecho recogerlo. Aunque ya estuviera tieso por el rigor mortis, paralizado por el terror a la muerte. Roto ennegrecido por el vértigo del pozo que nunca acaba. Sota de basto implacable abriendo mis miedos con baños de pajaritos en mis charcos de sangre.

Raúl voltea como si lo estuviera acecharan.

RAÚL: Noche tras noche resbalando por personas que tú misma excavaste en una tarjeta de viajes del mismo estado.

Raúl posa frente a su foto en la entrada del callejón. Sigue caminando.

RAÚL: (violento) ¡No me grite! Por supuesto que la escucho, si la llevo en la cabeza. Ahora, bájele. Soy sordo del lado afuera pero del lado adentro, no. Espéreme.

Ya la atiende. No estoy hablando con usted. Estoy hablando con los demás, con los de afuera. Yo se. Yo se. Yo se. Yo se que no me entienden pero ¿no se acuerda cuando a usted le daban ganas de hablar desde afuera con su lado adentro? Nadie habla solo por uno mismo se escucha y se contesta. No, no se me olvida que usted está ahí adentro escuchándome. (pausa) No, no se me confunden los recuerdos. Yo se que usted creía que se había quedado dormida y que el equivocado era yo. Porque usted no podía verse. Pero yo sí. Y desde aquí afuera, le vi los ojitos de pescado en vitrina. La tez marchita de caracol asoleado. Y las manos se me hicieron de piedra cuando toqué en su piel la temperatura de los espantos.

Raúl se detiene a buscar comida dentro de un pote de basura.

RAÚL: ¡¿Qué, qué quéee?! (violento y como con ritmo de rap) ¡¿Qué, qué quéee?! ¡Yo no fui! ¡¿Qué, qué quéee?! ¡¿Qué, qué quéee?! ¡Yo no fui! Yo no fui! (ahora suave y pausado) ¡Hija de la gran puta! Sal de ahí. Dímelo aquí. De frente. Para eso te me metiste adentro. Salte de ahí y me lo dices a ver si es verdad que me puedes volar los sesos. ¡Concha seca! Rotunda. Irreverente. Zalamera. Levantando rumores que los demás repiten hasta que uno termina perseguido. Cállese. ¡Shito! Que si no es por mí ya estarías disuelta en la nada como todos los fiambres que han sobrepasado su fecha de expiración. Cualquier día me olvido de ti a ver si vuelves a existir nunca más en esta tierra. ¡Hija de puta!

Calmado y enajenado, come de lo que encontró en el pote y habla.

RAÚL: Rostro elevado de figura descalza muéstrale a tus pasos el lado delgado. No siempre danza un retrato destrozado en el cauce mínimo recorrido por un marinero de papel. Si miras tu reflejo y el agua te devuelve una oveja, deja de quejarte del calor y piensa que se aleja el frío. Y si no se asoma una si no dos

ovejas, estate tranquila que salvarás un invierno por dos. (como si comiera con un amigo) Si te pones a ver, no importa los números que traiga un billete, igual una piedra triste esconde más universo en su interior. Lo único que habría que hacer es ponernos de acuerdo otra vez, y las piedras tristes recuperarían su valor y su alegría. Ese sería el olor. Yo noto la escritura vertical en tu rostro horadado en el tronco del árbol de orquídeas salvajes. Veo tus ojos aguados en la resequeidad de las iguanas condescendientes. Sufro el milagro de pisadas en las gotas del rocío de las hojas de la mañana.

Ahora que termino de comer, sigue su camino.

RAÚL: Ahí saliste como antes: con la quijada altiva. Recién saltaste para acá te pusiste maleable como una nube, dulce como el algodón de azúcar. Ahora mismo eres diferente. Si quieres saber, tienes la tranquilidad peligrosa del mar adentro. La aprehensión esquiva de las nubes retrocediéndole al viento. El asalto de picaduras de una tormenta de arena.

Raúl alucina una competencia contra alguien.

RAÚL: Aquí está este tipo otra vez. ¿Cómo que cuál? Este tipo que cada vez que me ve, se pone a competir conmigo. Pero él me espera. Se arregla, ¿sabes? Se prepara. Se ve que desayuna bien. Se pone zapatos cómodos. Yo creo que se venda los pies. Yo lo dejo ir. Le doy su espacio. Me hago el loco. Hasta que sin darme cuenta lo tengo a un lado haciéndome abrir la zancada para que no me pase. ¡De verdad! ¿No te has fijado? Esto es cada vez. Me obliga a acelerar el paso, a trazarme un plan. ¡Que! ¡Aburrido Me obliga a recordar la cantidad de pasos que hay de aquí hasta la línea final; la cantidad de saltos que tengo que dar para poder sobrepasarlo a tiempo; y la velocidad con que tengo que hacer todo para lograr lo mismo: ganarle. Eso sí, la carrera empieza cuando él decide y no

termina hasta su línea final, esa si es siempre es la misma. Esa no cambia. Pero la puso él.

Raúl da saltos, corre, y cruza una línea en el piso. Sube los brazos triunfante y luego se avergüenza al sentirse frente a todos.

RAÚL: Yo gano siempre. Porque a la hora de la hora, él se queda ahí parado, mirándome, como si hubiera sido yo quien lo inició todo. O peor. Como si yo estuviera compitiendo solo. Y yo ahí. Frente a todos. Luego de cruzar la línea final airoso pero sintiéndome ridículo. Yo no entiendo a éste tipo.

Recupera el aplomo se golpea el pecho y mira y señala hacia arriba.

RAÚL: Igual hay que agradecer al de allá arriba por los triunfos pero sobre todo por los fracasos, sin ellos, no aprenderíamos nada.

Mira un oso de peluche que cuelga ahorcado del alambrado público.

RAÚL: Míralo. Lo que tú decías. Antes, éstos animales rellenos los colgaban del cuello para espantar el mal. Como las gárgolas de las iglesias antiguas. Ahora, las niñas los usan para anunciar al mundo que ya son usadas. Y con eso, no solo no me espantan sino que me ponen a pensar mal. (busca piedras en el piso) Y usted anunciándome el peligro. ¿Quería conocer a Satán? Acá está. Yo se lo anuncié a usted. Pero para usted el peligro era una montaña rusa. Una cucaracha voladora. Una calle sin alumbrado. Ahí tiene. ¿Se le subió el estómago a la garganta? Me alegro. Ojalá que vomite. (lanza piedras al oso) ¡Hija de puta! ¡Mal parida! La cagaron no la tuvieron. Por eso lo embarra todo con la mierda de su ser, con solo pensar. ¿Por qué iba a querer yo eso? Yo no quería eso. Yo no quería tener que cargarla adentro a usted. ¡Perra! Me puede acusar de que yo quería estar dentro de usted todo el tiempo, pero no de lo contrario. ¿Para qué se acercó? Usted sabía que yo cargaba este pecho de lava. ¡Jódase! ¡Chúpese su Satanás!

Raúl camina decidido hacia un punto cualquiera y se sienta en el piso. Muy erguido. Muy atento. Como si estuviera frente a una audiencia. Se aprieta la cabeza por los parietales.

RAÚL: ¡Calla, calla, ya cállate! ¡Te voy a contar! (se suelta la cabeza y habla parsimonioso) Oficial. Palomita vestida de azul. Sí. Sí, la conocía. Por eso vivíamos juntos. Somos almas que viajan juntas. Como usted y yo. Yo tampoco lo supe hasta hoy pero si está aquí en el mismo barco, ¿qué concluye? Tan es así que si yo pudiera dejar de pensarlo, lo desaparecería, ¿qué le parece? Usted no quiere eso, ¿verdad? (Habla con alguien diferente) Corbatín, usted no puede decir nada porque nunca la vio de frente. Estaba cruzada de arrugas. Siempre esquivando sonreír para no develar la desolación de sus despobladas encías. Pero era ahí, en las carcajadas de su humor inteligente, donde se le notaban más millas de viaje que una azafata profesional. (voltea a un lado y al otro) Ella pudiera haber sido aquella bebé que recitaba el abecedario a los trece meses. O aquella que a los siete años publicó su primer poemario, con errores ortográficos porque se los había dictado al único tío que sabía escribir en la familia. (con gesto trágico) Tal vez fue ella la niña a quien le reventaron la precocidad a los once cuando tuvo su primer hijo que además, resultaba ser su medio hermano. (con tono de añoranza) Tal vez por eso nunca quiso crecer. Y bailaba con una sensualidad tan inocente que la dejaba sola en medio de la gente. En ese milagro secreto residía la magia sutil con la que era capaz de mantenerte autómatas en la cárcel bonita de su mirada ausente. Era como una niña asomándose a tu alma. Absorbiéndote de a poco. Un gato. Un gato tomando de su plato de leche. Y ella te hacía sentir que eras la leche. Pero al rato se cansaba y se iba. Y cuando te quitaba la mirada, aunque fuera por tres pasos, notabas que su forma de andar

era para sostener una corona que solo ella veía ¡Reina de las mentiras! ¡La madre que la parió! (se levanta y enfurecido le habla a las cosas) Ahí es cuando quieres volverte la mancha viva de su mantel blanco. Y esparcirte en ella poco a poco hasta abarcarla toda, y cambiarle el color, y volverla un trapo. Nada más que un trapo. El trapo con que te limpias el culo que ella misma besa. Para que no se le olvide ¡Putá! ¡Mil veces puta! ¡¿Qué me ves?! ¡¿Qué tienes aquí que crees tuyo?! Aquí no queda nada que sea tuyo. Te lo llevaste a la cloaca donde ahora mismo fueron a dar las cenizas de tu nada infinita. ¡Pendeja! ¡Que no me mires! ¡Que no me mires! ¡Que no me mires! ¡No joda! (sigue su camino, más tranquilo) Se dieron cuenta de que no fui yo. Que me hacía falta un buen baño. Falta de sanidad, dijeron. Y me trajeron de vuelta vestido de limpio. Esto mismo que cargo (se hala la camisa) pero, ya sabe, de hace un rato. Y sí. Siempre quise hacer mi casa montada en la cúspide de su columna vertebral. Para ver las cancha desde arriba. Pero ella nunca quiso. (se encuentra una pelota de futbol y la rebota con los pies sin que toque el piso) Te oigo, Macho. También a ti. Siempre te oigo. Pero no empieces con tus ínfulas. No por mucho que lo grites se va a hacer verdad. Tu siempre fuiste el octavo porque traías el balón. De portero no ibas mal porque no hacías nada. Fuiste un anticipado. El chico que pateaba como una chica en una sociedad patriarcal. Tu derecha se creía zurda. Cuando jugabas mejor era cuando ibas descalzo pero te traicionaban los vidrios incrustándose en la suela de tus pies. Me acuerdo de que no eras veloz, pero aún al trote, la melena te rebotaba como los pelos de un perro peludo. Parecías una nave del futuro mal lavada. Cuando todos menos tú sufrían una parálisis colectiva repentina en el campo, era gol seguro.

Se acerca a una cómoda abandonada y se recuesta a ella como si fuera un piano. Alucina con Leoncio tocando.

RAÚL: Apareció Leoncio. Aquí está. Tocando el piano. Tu no lo ves pero yo lo veo y no lo oigo. Cuando a Leoncio le da por tocar el piano se me acercan los días en que me tenías de sirviente. Lo bueno de esos días es que no te escuchaba nada. Por Dios cómo los extraño. (pausa, mira al cielo) Las nubes se están poniendo estrechas como el día en que dejaste de hablarme por señas. (a alguien que debería estar frente al piano pero no está) Dale Leoncio, dale. Yo sigo adelante para que ella no interrumpa más. (pausa) Te quedaste sin ganas sobre el sofá y un día... empezaste a aparecer en los afiches de las películas, en las manchas de sudor de las camisas, en las huellas de mis zapatos gastados. (a una sombra en la pared) ¿Qué me miras? No estoy aquí. Yo no soy yo. Esta es la armadura aceitada que me dejó mi amante para cercenarte la cabeza. Vaciártela. Y después de llenarla de luces, ponerla en el porche de mi casa. ¡Mojón! (sigue caminando y se calma) Después te pusiste como molesta. Empezaste a decirme cosas sin palabras. En los huecos de los árboles. En las estrías de la piel ajena. En las sonrisas desdentadas de los carros viejos. En los calcetines abandonados en medio de la calle. En las arrugas que las piedras le sacan al río. (mira al cielo) Ahora se va a poner a llover. (camina hacia el centro de la calle y se hace visera con la mano para ver hacia la cómoda) Ya se les va a acabar el concierto. (sigue caminando) Hasta que ya empezaste a asustarme de veras. Y te empecé a ver en las manchas de mierda seca sobre la estatua del prócer. En la telaraña de luces de las nubes indispuestas. En el muñeco de trapo que te hiciste tirada en ese sofá que te absorbía la sangre. En la mugre de tu pelo de muñeca calva. En tu maña aterradora de pestañear con solo un ojo. (mira hacia la cómoda) Ya. Se

fue la gente. Solo queda el piano y el pobre pianista que vive la vida sin saber que está solo.

Raúl llega a la puerta del refugio-dormitorio para personas sin hogar.

RAÚL: Ahí está. (pausa) ¿Quién más va a ser? Salomón, mi hermano. Mi único hermano. Él es el único de ahí afuera que sabe mi historia. Por él es que sigo en éste mundo. Él es lo único que me queda. Él es el único de ahí afuera que sabe mi historia. ¡Porque es mi hermano! Todavía no abren, pero hoy llegamos temprano, así que dormimos bajo techo. Okey, okey, te la cuento mientras tanto. (se sienta en el piso) Yo tenía mi casa. Yo vivía bonito. Ahí. (señala) Bueno, más allá de todo eso. No importa. Y logré tenerla por lo mismo que logré todo lo que logré: porque encontré el amor de mi vida. No, no eras tú, lo siento. Cuando tú llegaste ya yo no tenía nada. Cállate o no te cuento. Me la llevé a vivir conmigo pero en ese tiempo, yo no tenía dónde. Después sí. Y ahí vivimos. Hasta que le dio por morirse. (luego de una pausa, Raúl se levanta y camina de un lado a otro frente a la puerta) Yo estaba recién llegado de muy lejos. Huyendo. Al menos me perseguían. Sin percatarme de que yo mismo venía conmigo. Que eso era inevitable. Yo había cometido una justicia, pero yo mismo, sin autoridad de por medio. Por eso no me dejaban salir para ningún lado. Pero ellos no entienden que las cosas no se arreglan solas. Las arregla uno. La única forma de no ser juez es no estar vivo. Ahí adentro me encontré con amigos. Ellos mismos me enseñaron el camino. Y por eso pude salir caminando. (sale a la calle) Me vine a estos lados. Y me la encontré aquí mismo. Calla y escucha. Hablo de ella, no de ti. A cuatro calles de aquí. Y nos quisimos desde que nos vimos. Pero el amor da envidia. Un día se fue con Dios y me dejó con el diablo en medio del camino. Lo regalé todo. ¿Para qué me sirve nada de eso?

A ella es a la que quisiera oír siempre pero nunca oigo. Calla. Escucha. Sí, casi te quería a ti. Pero logré evitar a tiempo que me pasara lo mismo. Y así mejor, porque vives en mí, sin que nadie te vea. Sin envidias. Ahora puedo quererte. Quererte mucho. Y aunque me duelas mucho. Me dueles solo a mí.

Raúl se acerca a la puerta del albergue y se sienta a un lado. Luego de unos momentos, comienza un solo de percusión usando de instrumentos todo su cuerpo y sus manos. Al rato, abren la puerta, y él entra, tocando.

OSCURO

FIN.